

**San Roque: indígenas urbanos,
seguridad y patrimonio**

**Eduardo Kingman
(Coord.)**

FLACSO Biblioteca



FLACSO
ECUADOR



307.66
5515

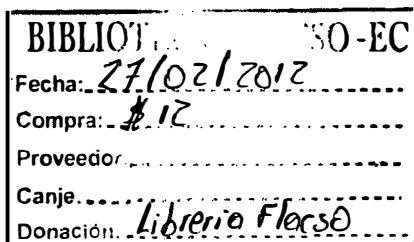
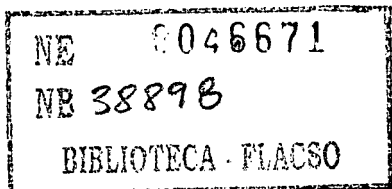
San Roque: indígenas urbanos, seguridad y patrimonio / compilado por Eduardo Kingman. Quito : FLACSO, Sede Ecuador : HEIFER, Ecuador, 2012

214 p. : il., cuadros, gráficos y tablas

ISBN: 978-9978-67-315-7

BARRIOS ; CIUDADES ; SOCIOLOGÍA URBANA ; ESPACIO URBANO ; BARRIO DE SAN ROQUE ; QUITO ; ECUADOR ; INDÍGENAS ; IDENTIDAD ; NIÑOS ; MIGRACIÓN INTERNA ; SEGURIDAD ; RACISMO ; RENOVACIÓN URBANA ; CENTROS HISTÓRICOS.

307.3364 - CDD



San Roque: indígenas urbanos, seguridad y patrimonio

1era. Edición: **FLACSO, Sede Ecuador**
La Pradera E7-174 y Av. Diego de Almagro
PBX.: (593 2) 3238888
Fax: (593 2) 3237960
www.flacso.org.ec
Quito-Ecuador

HEIFER, Ecuador
Tamayo N24-587 (1313) y Colón
Telf: (593 2) 2501427 / 2908985 / 2556241
fundacionheifer@heifer-ecuador.org
Quito-Ecuador

Diseño & Diagramación: Santiago Calero Flores

ISBN: 978-9978-67-315-7
Impresión: Rispergraf
Quito-Ecuador

Impreso en Quito Ecuador, enero 2012

El presente libro es una obra de divulgación
y no forma parte de las series académicas de FLACSO-Sede Ecuador.

Índice

San Roque y los estudios sociales urbanos <i>Eduardo Kingman Garcés</i>	7
El barrio de San Roque... Lugar de acogida <i>Abraham Azogue</i>	21
Matices y texturas de la identidad cultural étnica en contextos urbanos. En el caso de los kichwas de Chimborazo <i>Gina Maldonado</i>	37
Construcción de identidades de las vendedoras Kichwas y mestizas y los juegos de poder en el mercado de San Roque <i>Clorinda Cuminao Rojo</i>	79
Los indígenas y el espacio ciudadano. Los lugares de vivienda <i>María Augusta Espín</i>	101
Entre juegos, trabajo y 'roba burros': un acercamiento a las tácticas de vida y resistencia de niños y niñas indígenas migrantes en el espacio urbano <i>Erika Bedón</i>	135
Ciudad, seguridad y racismo <i>Eduardo Kingman Garcés</i>	175

El barrio de San Roque... Lugar de acogida

Abraham Azogue

Para los ojos externos, principalmente para las autoridades municipales, el mercado San Roque es calificado como 'peligroso' y del que solo se resaltan aspectos negativos. Esta caracterización también es reforzada por los medios de comunicación, los que se encargan de generar opiniones, que pueden llegar a transformarse en percepciones sobre el espacio. En el diario *Últimas Noticias*, como lo menciona María Augusta Espín, se han presentado una serie de noticias que caracterizan al barrio como peligroso, en base a una retrospectiva de lo que fue la presencia de “la mama Lucha” en el barrio de San Roque, donde según la noticia “nadie tiene su integridad garantizada” (Diario *Últimas Noticias*, 30 de junio 2006, citado por Espín, 2009:52).

Los noticieros televisivos corroboran también esta caracterización del sector, en el Segmento de la Comunidad del Noticiero 24 horas de Teamazonas, se presentó el lunes 25 de febrero del 2008, una noticia referente a los “arranchadores” del barrio de San Roque. En la noticia se presentaba a dos ladrones y sus cómplices, filmados por las cámaras de seguridad de la policía. En la filmación los ladrones se acercaban a sus víctimas y con un rápido movimiento de manos les arrancaban los aretes diestramente.

[...] otro lugar referencial en estas noticias es el mercado de San Roque, al que se asocia continuamente con una imagen negativa, como un lugar “mal oliente, sucio, pobre y peligroso” (Diario *Últimas Noticias*, 30 de mayo 2005), y se hace referencia a la necesidad urgente de “regeneración” (idem), de este espacio al que se lo califica como “decadente”, enfatizándose en la presencia de “hordas de campesinos que se dedican a libar”, en los alrededores del mercado y otros males que afectan a los vecinos “decentes” del sector. Resulta interesante el calificativo de “hordas de campesinos”, ya que por un lado se hace referencia a un populacho y por otro se desconoce la situación urbana de los indígenas, se los continúa asociando al campo (Espín, 2009:56).

Todos estos sucesos han hecho que se considere como opciones para solucionar los problemas del mercado, a la tesis del desalojo, –como único camino a seguir–, o la tesis de la modernización, como se ha hecho en otros mercados de Quito. Lo paradójico de esta situación es que se implementan mensajes subliminales escritos dirigidos, pareciera no a los ocupantes del mercado sino al público en general, a través de carteles pegados estratégicamente en las paredes internas del mercado que hacen referencia a la modernización, más no al desalojo; esta estrategia practicada desde el Municipio, también va dirigida a cambiar la percepción que tienen los migrantes sobre la situación en la que se encuentran en la actualidad y sus soluciones, como manifiesta una dirigente frente a estas ideas, a lo que ella añade también nociones de ‘limpieza’:

[Sobre el desalojo de los vendedores de la calle]...este año ya era de mandar, pero con lo que viene esos políticos pues..., como vienen las votaciones... sí o no... Entonces por eso es pues que están dejando ahí en paz... para poder ganar. Después de tres años va a estar limpio todo esto, reconstruido el mercado... va haber guardias, turistas gringos, [...] entonces para nosotros sería mejor abrir más locales, hacer exposiciones grandes... entonces a eso nosotros estamos apuntando... (*Énfasis del autor*. Entrevista a RG, 2008).

Este parecería ser el criterio de algunas dirigentes indígenas al interior del mercado, pero al ser el criterio de las dirigentes, se transforma en el criterio de ‘todas’ aquellas personas sobre las que ejercen influencia, tal vez ellas piensen y evoquen como una muestra de este proceso al mercado de San Francisco, antiguo mercado de San Roque, que vivió la modernización de sus instalaciones y la capacitación de ‘las caseras’ en ventas y servicio al cliente.

Tras esta construcción de la imagen del barrio, se levanta esta otra muy cotidiana y práctica, a partir de los moradores del mismo, principalmente aquellos que están vinculados a la dinámica del mercado, para quienes el mercado y el barrio San Roque, se constituyen en zonas de acogida.

San Roque, lugar de acogida

[...] aquí en el mercado, para mí prácticamente [he] hecho toda mi vida) aquí, a la casa se llega es solo como un inquilino, solo a dormir no mas, [...] yo cocino aquí, como aquí... (Entrevista a HP, 2008).

Desde esta percepción ‘alternativa’, construida desde el “sentido práctico” (Bordieu, 1991), el barrio San-Roque-y-sus-alrededores son percibidos por los migrantes indígenas como ‘lugares-de-acogida’; espacios llenos de expectativas y oportunidades, a donde se llega con cierto temor, pero también “en confianza”, ya que en ellos es posible encontrarse con “otros del campo”; ellos saben “como es sufrir”, además cuando llegaron a la ciudad no tuvieron miedo al “trabajo duro” (Entrevista a TG, 2008); sobre aquello doña Teresa evoca:

[El trabajo en el mercado] ...duro ha sido, los *mishus*⁶ no saben tener buena voluntad, te apuran, te apuran y a veces te hacen caminar largo, para soltarte veinte centavos y eso cargando harto peso, así mismo son, saben quedar viendo como si no valiera uno nada, por encima no más, no nos quieren, como que quisieran que no estemos aquí, dicen -indios vagos- por eso ser india mismo la gente le hace el quite y piensan que somos sucios y se separan no les gusta pasar junto. Peor también desprecian porque se es pobre, como si eso fuera peste que se pasa. Si uno ha sufrido aquí, trabajando siempre desde tempranito hasta tarde y se gana a veces poquito, alcanza para una comida y a veces dos...” (Entrevista a TG, 2008).

Es decir; para los migrantes indígenas que recién llegan del campo, aquellos que ya están en la ciudad son calificados como: sacrificados, honestos y tal vez por ello, actualmente, “no niegan la ayuda a los otros”, -dicen ellos-.

Pero también estos espacios de acogida, rebasan los límites individuales para transformarse en colectivos y en donde la obligatoriedad de recibir a los recién llegados, se transforma en una norma moral; por ello “la gente es buena y siempre se preocupa por los otros” (TG, 2008). Cualidades también como: vivir juntos, apoyarse mutuamente

6 Mestizo.

cuando algo planificado sale mal y en donde “siempre hay comidita [en las casas]...” hacen sentirse como “en la casa de uno...” (TG, 2008), –recalcan–.

Esta relación que se establece entre los ya llegados y los recientes, permite iniciar redes de apoyo a nuevos migrantes y aunque estos espacios de acogida son: “pobres, siempre hay donde venir [...] es que si uno no ayuda [como debe] hay que dar [siquiera] una manito para que salgan [adelante] y así después ayuda a otrito... sino no, no hay cómo vivir” (Entrevista a L. Ch, 2008).

Sobre estas ayudas a los “recién llegados” se relata una experiencia del trabajo de investigación: una tarde luego de terminar la entrevista a un migrante indígena que ha vivido en Quito desde niño, me llama la atención –porque recién lo conozco–, la pregunta de si “quiero servirme un bocadito”, yo acepto y nos dirigimos a locales en donde venden comida que se hallan fuera del mercado. Entramos saludando y don Ricardo, para ese entonces ya formalmente ‘mi amigo’, llama por los nombres a las personas que atienden en el lugar; mientras comemos le comento que necesito un cuarto en la zona, enseguida se ofrece a ayudarme y en cuestión de segundos llama al dueño del local y se hace el arreglo para arrendarme un cuarto aunque no se halla en la casa del dueño del salón... “si h́ay un cuarto chiquito en la casa de mi sobrina” –dice–. Luego de terminar de comer llama a su sobrina que tiene una tienda junto al Salón; ella enseguida nos manda a ver el cuarto con su hija. Al llegar a la casa que está cerca del lugar, nos recibe el papá de la señora, indica el cuarto (uno pequeño) y pregunta si servirá, yo le digo que bueno, pide veinticinco dólares y lo que es más: ‘sin garantía’. Mi amigo pide “una rebajita, por tratarse de mi amigo” –dice él, además manifiesta quedar él como garante de que voy a ser un “buen inquilino”, y da el nombre del profesor⁷ de una escuela del lugar que es amigo suyo. Nos rebaja a veintitrés dólares y aparte el agua y la luz; sigue regateando el precio mi amigo y dice “solo porque mi casa está lejos en Chi-

7 De este profesor se dice que es uno de los más respetados dentro del barrio ya que inicialmente comenzó dictando clases en una escuela indígena dentro del mercado, pero luego subió de categoría al cambiarse a otra escuela ubicada en San Roque llamada Rosa Zárate ya no de indígenas.

llogallo sino ahí le acomodara...”. Frente a esta, que pareciera una ‘afrenta’, el dueño de casa manifiesta: “bueno que sean veinticinco con agua y luz”... Trato hecho.

Pero también San Roque es visto como un espacio de acogida, ya que es posible a diario reproducir momentos de encuentro y de socialización entre propios:

[...] Podríamos decir que es un espacio de indígenas, de encuentros, un espacio de concentración del pueblo indígena que ha migrado... un espacio en el que uno se ha sentido y se siente familiarizado, a pesar de todas las cosas que dicen de ese sector, pero a la final ese ha sido el espacio en donde se puede encontrar..., a la esquina ya se puede encontrar un indígena y en todo momento, será porque está el mercado allí o no sé por qué, pero todo ese sector está poblado... es como un espacio de una comunidad en donde nos vemos las caras, no solo los fines de semana sino todos los días (Entrevista a JCI, 2008).

Por otro lado, San Roque al ser percibido también como “la casa de uno” (Entrevista a TG, 2008), adquiere connotaciones conocidas, domésticas y familiares. Para algunos migrantes, inclusive después de permanecer varios años en la ciudad, el mercado sigue siendo un primer hogar para ellos y para toda la familia, como relata el dirigente de una Asociación que existe al interior del mercado:

Aquí en el mercado para mí prácticamente hecho toda mi vida aquí, a la casa se llega es solo como un inquilino... solo a dormir no más, se da cuenta como usted vio, [...] yo cocino aquí, como aquí con mis hijos, por que los dos ya son casados ellos ya muy aparte... [Mi esposa], ella vende aquí afuera, tripa *mishqui*, que se dice, tripa azada, es aquí, pues aquí... mi vida es aquí en el mercado (Entrevista a HP, 2008).

Como vemos, sienten que el mercado es parte de sus vidas, ya que participaron en la construcción de gran parte de su infraestructura, esto sucede con los kioscos de la mencionada Asociación, que iniciaron sus actividades en la avenida 24 de Mayo como “artesanos” y en donde, –relatan los primeros migrantes–, era el sitio de entrada a la ciudad y que

sentían marcado por un ambiente familiar y pueblerino, para luego ser trasladados al actual mercado San Roque. El ambiente familiar está claramente marcado en el lugar, como ejemplo de esto tenemos un taller de sastrería que mide 1,5 metros por 1,5 metros de dimensión; es decir, tres metros cuadrados de construcción. El día de nuestra visita nos recibió amigablemente uno de los hijos del dueño: Samuel, un joven de diecisiete años aproximadamente, que en ese momento arreglaba unas prendas de vestir. Son dos kioscos, Samuel parece llevarse bien con la gente joven como él, y que comparte determinadas realidades, ya que en el transcurso de la entrevista pasan sus amigos y él saluda con los sobrenombres como: “cullo”, “piraña”, “gordo pechan”, “ganado”, “latas”, “chamo”, “van dame”, “supremo”, “Jeiby”, “donking”, “crash”, “aparato”, “botas”, “ruin”, “sativos”, “perpetuo”, “tregua”, “hilitos”. Nos cuenta que su papá ya está enfermo y que le duele la espalda. Samuel ayuda en la casa a sus padres a pagar de la luz y el agua, con lo que gana trabajando en el taller.

En uno de los kioscos están dos máquinas de coser, la una tapada y la otra en uso, hay una repisa en donde se hallan las “obras” para ser arregladas: alzar bastas, pegar botones, remendar. Entre los dos kioscos hay una pequeña puerta que les une, y de lo poco que se puede observar, en el segundo kiosco se encuentran ollas, platos una cocineta. Ambos kioscos tienen un “segundo piso” o altillo, al que se sube por unas escaleras que se hallan clavadas en la pared, estos altillos parecen ser usados como “dormitorios”, la unión de estos dos kioscos dan al lugar la apariencia de “una pequeña casa”.

Estas construcciones fueron realizadas con esfuerzo individual y colectivo, por ello dicen: “... no tiene por qué meterse el Municipio, porque esto es construido con nuestra plata, sacándonos la ‘miércoles y la jueves’, cargando ladrillos, cargando todo lo que es puertas, todo lo que es paredes nos hemos hecho todo nosotros...” (Entrevista a MT, 2008). Con estos negocios lograron educar a sus hijos, hacerse de bienes, hacerse conocer públicamente, por ello cuando se les pregunta que harían frente a la posibilidad de un desalojo del mercado por parte del Municipio manifiestan nerviosamente:

[...] la única esperanza que tenemos es ganar el juicio y quedarnos aquí mismo [...] por que volver hacer mercado nuevamente es bien difícil... como yo he comentado con otros compañeros... bueno podemos irnos nosotros que horita ya estamos viejos sería... a donde quiera que nos manden eso sería la sepultura de nosotros pues... (Entrevista a HP, 2008, San Roque).

Por ello se recuerda entre iras contenidas hechos anteriores, en defensa de sus lugares de trabajo, en donde el sentido de solidaridad entre comerciantes indígenas y no indígenas es evidente:

[...] nosotros teníamos, hace cinco años, galones de gasolina, el que se apegaba, así de cualquier lado, nosotros les echábamos gasolina y que se incendie y nos moríamos todos nosotros, al vuelo así, todas esas partes, allí en las mallas todos los días amanecíamos, anohecíamos, dormíamos, todos los días cocinábamos, comíamos, vendíamos así de todo, aquí, así por un mes (Entrevista a MT, 2008).

Pero también el mercado y sus instalaciones son percibidos como 'lugares de acogida' porque dentro de ellos es posible reproducir relaciones complementarias y de reciprocidad económica entre los miembros de una familia de migrantes, como lo pudimos observar un día que desayunamos en un salón de propiedad de indígenas del lugar, se vivía la dinámica habitual de un día de feria: gente comprando y vendedores de todo tipo ofertando su mercadería. Nos dimos cuenta que fuera del salón estaba instalado un puesto de venta de granos: alverjas, habas, fréjol, tomate, cebolla, etc., y que lo atendía una pareja de personas mayores, y a la entrada misma del salón, al pie de la puerta, estaba una cocina con papas friéndose, lo atendían las mismas personas mayores. Todo hacía pensar, por la forma como se trataban las mujeres jóvenes que atendían el salón y los mayores de afuera del local, que estos negocios pertenecían a la misma familia, y que las diversas actividades realizadas eran, sin duda, para complementar la dinámica y los ingresos económicos de sus miembros, pero además para recrear el sentido de solidaridad familiar y comunitaria.

No obstante, estos lugares de acogida también son lugares de exclusión, una barrera física y simbólica con los ‘otros’ pero que permiten juntarse entre propios, entre *runapuras*⁸ es decir son resignificados espacios de integración, ya que dentro de ellos los migrantes han logrado reproducir una “vida comunitaria”. Como ejemplo tenemos la casa de la Comunidad Gulalag Quillopungo, ubicada en el centro histórico ocupando el espacio de una cuadra. Sus miembros son de la Parroquia Punín-Provincia del Chimborazo. Ellos comenzaron reuniéndose, dicen sus dirigentes, a partir de los problemas que encontraron los primeros migrantes, en la vida diaria, al llegar a la ciudad: problemas con el idioma (kichwa), dificultad para encontrar cuartos de arriendo y trabajo, de aquello menciona un dirigente:

[...] al principio nuestros compañeros venían a la ciudad y había muchos problemas, primeramente venir a la ciudad no es fácil, es difícil, primero por el idioma, segundo por la vivienda que no tenían a dónde acudirse, entonces cuando ha arrendado un cuarto en algún lugar, los *mishus* siempre dice, a ver cuántos guaguas tiene, si tiene tres o cuatro dice no, no hay cuartos, si tiene unito ya como sea... (Entrevista a FM, 2008).

Estos hechos motivaron la búsqueda de soluciones entre “iguales” ya que, –menciona un dirigente– “... para nosotros el pueblo indígena, si es que nosotros no vivimos en una comunidad, no hay vida, en este caso es para nuestros hijos, nuestros jóvenes. Si formamos una comunidad vivimos como indígenas, si nosotros no tenemos una comunidad, si nosotros no estamos organizados no somos nadie” (Entrevista a FM, 2008), y es esta necesidad de “vivir en comunidad”, lo que les motivó para la compra de una casa en el Centro Histórico, tanto para los que ya se encontraban en Quito como los que se hallaban en la comunidad; en la casa viven cincuenta jefes de familia con un total de 250 personas entre hombres, mujeres y niños.

Lo que se pudo observar en la visita de campo a la casa de esta comunidad en Quito es que es una casa grande de tipo colonial, dentro

8 Solo indígenas

de ella existen claramente identificados ocho bloques de construcciones tipo “multifamiliares”, algunos de cuatro pisos, otros de un piso en el que se hallan varios cuartos grandes y pequeños⁹, varios patios y corredores, una guardería para atender a los niños del lugar, una casa comunal y oficinas en donde se atiende a los extraños; en cada patio hay piedras de lavar ropa y ‘cordeles’ o tendederos para secar la misma. Los dirigentes de esta casa o ‘comunidad’ son reservados y cautelosos, no así los ‘comuneros’. El día de nuestra visita se encontraban lavando la ropa en el tercer patio cuatro mujeres de diferentes edades: una persona de mediana edad, dos mujeres jóvenes y una adolescente. Su actitud deja ver que se hallan ‘a gusto’ dentro del lugar ya que conversan a viva voz y ríen a grandes carcajadas mientras lavan la ropa con abundante agua y jabón (con más agua que jabón), no sienten temor frente a nuestra presencia y cuando les ofrecemos ayudar a lavar la ropa aceptan a grandes carcajadas.

El aspecto religioso dentro de esta comunidad: las celebraciones, bautizos y primeras comuniones son realizadas como en las mismas comunidades, con todos los ritos y la espiritualidad del pueblo indígena, principalmente en lo que se refiere a elementos visibles como la ropa, dice un dirigente:

[...] entonces aquí la celebración cuando se bautiza un guagua debe ser con nuestra propia vestimenta, si es un varoncito, tiene que estar con poncho, bufanda y sombrero, si es un matrimonio tiene que ser con ropa propia... (Entrevista a FM, 2008).

Y aunque, luego del ritual, los bautizados o los novios no volvieran a usar más esta ropa, lo importante es resaltar el sentido ritualizado de la identidad en momentos de ‘trascendencia’ tanto familiar como comunitaria.

Otro de los aspectos que se puede apreciar en estos espacios es el sentido que sobre ‘seguridad’ tienen los migrantes indígenas, ellos se sienten seguros dentro de la casa o la comunidad, ya que muchas veces fuera de

9 Estos cuartos al parecer son divididos de acuerdo al número de personas existentes en cada familia y también en relación al “aporte brindado” para su compra.

ellas son víctimas de robo y mucho más cuando no se anda “alzando el pelito...” (Entrevista a IA, 2008). Esta idea de inseguridad cambia también las percepciones sobre el barrio y las relaciones cotidianas ya que:

[...] aquí toca estar atento a todo lado, toca estar atento del ladrón, toca estar atento de la casa... a qué horas me roban, toca estar atento de los carros... es concentración total aquí, porque en donde que te desconcentres de algo... ya pasa cualquier cosa... (Entrevista a IA, 2008).

Pero estos espacios, además de ser propios, deben representar un ‘parecido’ a lo que es la comunidad para que brinden seguridad. Una noche cuando nos dirigimos a la casa de la ‘comunidad’ pudimos notar que no había luces exteriores prendidas, a pesar de existir focos ubicados en todos los patios, esto hacía recordar la situación de las comunidades, en donde no existe suficiente alumbrado público, pero este ‘inconveniente’ es solucionado con el conocimiento cabal del lugar por parte de los comuneros, no así de los extraños.

A veces estos espacios de ‘acogida’, al ser construidos y en construcción, no se limitan al barrio, el mercado o la comunidad. Para los jóvenes las calles alrededor de San Roque vienen a ser ‘nuevos’ (aunque incomprendidos) espacios de acogida ligados a la realidad cambiante de la ciudad. En la actualidad, la calle que en otras circunstancias es ‘insegura,’ para ellos se resignifica; se transforma en ‘segura’ y les brindan otro ‘sentido de hogar’: “[En la calle los jóvenes] nos dedicamos así..., cuando vamos a vacilar [...] un grupo de muchachos, o sea a cantar en las calles [...] a eso..., o sea a eso nos dedicamos” (Entrevista a SQ, 2008).

Desde lo cotidiano los hijos de los migrantes definen nuevos espacios físicos o lugares simbólicos, construidos por ellos mismos según las necesidades; para los jóvenes las esquinas son nuevos espacios cargados de lógica propia y actualizada que les brinda seguridad, en estos espacios pueden hablar de sus vidas, sus posibles soluciones, a través de ello construyen protestas colectivas desde la clandestinidad y escritas en canciones como: El amor de un guerrero, Ya no siento frío, Sangre sudor y lágrimas, Por eso vivimos¹⁰.

10 De una lista de canciones, Samuel escogió estas manifestando que son “las que más me gustan” (Entrevista a SQ, 2008)

Estas letras hablan de las nuevas y actuales realidades aprendidas como jóvenes. En estos espacios pueden realizar actividades negadas dentro del hogar, así –manifiestan ellos mismos–, cantar ‘música prohibida’ como el *Hip-hop*. Lo particular de aquello es que se sienten atraídos por este tipo de música ya que les permite “ser parte de algo” y por ello cantan “... por todos...” (Entrevista a SQ, 2008). Aseguran que esta música alude “[...] a la vida, por ejemplo, lo que uno vive... lo que a uno pasa... le cantan a la madre, así de todo... le cantan así, sentimentalmente así... de todo hacen, y por eso me ha gustado a mí [pertener a estos grupos]” (Entrevista a SQ, 2008).

El contenido de las canciones habla también de la búsqueda de un espacio propio y diferente¹¹ dentro del mundo conflictivo, pero atrayente que es la ciudad; ellos sienten que son pioneros en la formación de un “algo diferente”, no solo para ellos sino para todos.

[...] o sea los que hacemos eso del *hip-hop*, toditos somos... o sea es una revolución grandota aquí eso..., pero no sabe la gente casi la mayoría, así... por ejemplo los que están aquí en el mercado, ellos no saben lo que hacemos nosotros... Cantamos por ellos... por ellos tratamos de sacar la cara así... y no saben... (Entrevista a SQ, 2008).

Las letras de sus canciones hablan de la búsqueda y de las experiencias cotidianas en la ciudad como un espacio diferente, pero del cual se sienten parte al mismo tiempo:

Apostando la vida yo me encuentro, sigo aquí y a tu mente me adentro de mañana saliendo de la casa buscándote a ti... qué es lo que pasa buscando respuestas a mis preguntas, sin poder aclarar las respuestas me encuentro aquí... haciendo algo malo la vida es así... un buscavidas más en la calle, esperando que toda la crítica dispare... siempre me han dicho... muchacho no pares, síguelo haciendo, si es lo que buscas” (Grupo de *Hip-hop De tales y cuales*, amigos de SQ, 2008).

Los temas se relacionan a la calle, a la incomprensión de un mundo que sienten ‘no suyo’ pero del que quieren formar parte, por ello critican lo establecido, la violencia urbana, los modelos.

11 Entrevista a SQ, 2008

Cultura medieval, lírica explosiva, mente criminal, duro, duro. Mi vida es un muro, de la calles el rincón más oscuro, mandando versos. Pues ahora es mi turno de poder, mi lírica llega hasta Saturno, turno. Lenguaje sicótico, narcótico, irónico, simple detalle, directo de la calle... (Grupo de *Hip-hop De tales y cuales*, amigos de SQ, 2008).

Son estas ‘otras cotidianidades’ las que pintan, actualmente, nuevos y particulares escenarios, inicialmente de resistencia, luego de protesta para pasar a un mundo de aparente ‘integración’ a la ciudad, pero desde su propia lógica. Es esta nueva lógica la que reproducen los migrantes los que, desde los ojos de la ciudad:

[...] dan vida al barrio, el movimiento de la gente, los vendedores, los cargadores, hacen que este sea un sector bien comercial, especialmente para los indígenas que ponen sus negocios muy ligados a todo este movimiento, especialmente al mercado, las fondas, las bodegas, los alquileres de las casa...” (Entrevista a MC, 2008).

No obstante aquello crea conflictos ya que los antiguos moradores del barrio San Roque, los que si eran ‘de la ciudad’ sienten que son desplazados, ya no son ‘los de la ciudad’ los que deciden dentro de los espacios del barrio, llámense negocios, casas, el mismo mercado; en la actualidad el migrante crea nuevas formas de entender el espacio y de construirlo.

La redefinición de estos espacios está fuertemente ligada a lo emocional, por ello el mercado actúa primero como un espacio de acogida y por ende de seguridad, tanto económica como emocional, será por ello que para los migrantes que han permanecido algún tiempo en la ciudad los años no son importantes para evaluar su situación actual, y más bien relacionan los tiempos de acuerdo a acontecimientos importantes ocurridos en el tiempo que llevan viviendo en la ciudad, o sea son los hechos –sean buenos o malos–, los que sirven como punto de referencia en su relación con la ciudad.

Los migrantes sienten al mercado como ‘algo propio’ a partir del cual se articulan muchos aspectos económicos, culturales, sociales. En la ciudad los migrantes adoptan nuevos mecanismos de unidad como

la religión, grupos especializados aprovechando tácticamente lo que la ciudad y en el momento les ofrecen para salir adelante, desempeñándose como vendedores, cargadores, bastidores, albañiles. Desde esa experiencia los espacios son resignificados y el ser parte de la dinámica del mercado es visto como sinónimo de ‘superarse’, de ‘salir adelante’ y de lograr reconocimiento social.

Para los que permanecen en el campo, el solo hecho de ‘salir a la ciudad’ es visto como sinónimo de superación, al regreso de los migrantes a sus comunidades son reconocidos comunal y socialmente. Algunos utilizan los conocimientos adquiridos en la ciudad para ampliar la visión del mundo desde sus propias comunidades, escoger entre diversas oportunidades, ser inventivos a su manera, adquirir otra idea sobre los valores y sobre lo moderno; por ello muchos en la actualidad son dirigentes en sus comunidades de origen, aunque no pasen la mayor parte del tiempo en ellas y dejen encargados los ‘cargos’ a sus familiares cercanos. La ciudad tiende a ligarse al ‘poder’ y al ‘éxito’, por ello el regresar ‘fracasado’ es mal visto a los ojos comunitarios, al respecto manifiestan: “si he regresado [sin nada] para qué he regresado, han de decir...” (Entrevista a anónima, 2008); argumentos como: “... tengo que ver por el futuro de mis hijos” (Entrevista a HP, 2008), justifican las decisiones de seguir en la ciudad; el “qué dirán” pesa a la hora de decidir el retorno o no a la comunidad.

Otro de los temas tiene que ver con el prestigio social que se teje en la ciudad, el cual no solo se relaciona con la acumulación de bienes y dinero, sino más bien rige una “economía de dones” Godelier (1998), en donde hay que devolver lo que se ha recibido para nuevamente recibir más; por ello este dinero tiene que ser transformado en relaciones sociales y simbólicas, como el prestigio adquirido por los hermanos Betún que financian un equipo de fútbol por “pura afición” o porque “aman el deporte”. Sobre esto manifiesta un jugador de Fútbol:

[...] el señor presidente del equipo, el señor Luís Betún, está haciendo lo imposible para mañana los jugadores, está cuidando que no tomen, que

no se abollen, ‘por favor mañana es todo, les ruego’ –dice–..., abajito vive él, vende fresas, es distribuidor de fresas, él ama al equipo, así a los jugadores él da zapatos, camisetas, calentadores, chompas, paga plata. Todo le da así... (Entrevista a Jugador de fútbol, 2008).

A través del deporte se crean nuevos símbolos de identificación colectiva, la camiseta, el equipo “... entonces nosotros demostramos lo que sabemos porque eso si... nosotros jugamos por la camiseta, al deporte amamos al fútbol, [...] nosotros nos vamos dando ahí hasta el último” (Entrevista a Jugador de fútbol, 2008).

Lo que se ha tratado de exponer en base a los anteriores relatos es la ‘otra cara’ del barrio San Roque, la otra cara construida y en construcción y la que al no ser ‘moderna’ no se la quiere mirar, peor entender. A pesar de que cotidianamente dentro de las familias de migrantes siguen rigiendo mecanismos de acumulación económica, estos tienen otros significados, otros sentidos, ellos saben y entienden muy bien que para llegar a ser considerado ‘de prestigio’ a los ojos de los otros migrantes, hay que gastar y “gastar bien y harto” (Entrevista a Jugador de fútbol, 2008) y en esto no importa de qué religión sean, prueba de ello pueden ser las grandes campañas evangélicas que se montan en el barrio de dos o tres días con gigantescas carpas en las que comen y duermen (mejor sería decir: viven por tres días al interno de ellas). En la actualidad el barrio de San Roque, el mercado y sus alrededores son resignificados constantemente por la presencia diaria de migrantes indígenas y estos nuevos espacios resignifican también al migrante; en un proceso de ida y vuelta los nuevos sanroqueños se desclasifican y reclasifican constantemente. Si tenemos en cuenta el texto de Kingman, diríamos que la realidad actual del barrio se halla en un claro proceso de ruptura de sus antiguas clasificaciones sociales producto de la propia agencia actual de los sujetos involucrados en minúsculos juegos de poder y contrapoder; son procesos de transición en los que se involucran tanto los llamados estratos sociales altos y bajos, no en forma estática, sino en constantes negociaciones y renegociaciones de sus identidades (Kingman, 2006: 349), y no hay que perder de vista

también que en medio de estas negociaciones, no está ausente cualquier tipo de violencia sea física o simbólica.

En la actualidad los nuevos migrantes indígenas que llegan a la ciudad no llegan vacíos de experiencias, sino, llegan con un imagen preconcebida sobre el barrio, porque San Roque ha pasado ya a formar parte de sus vidas, no en vano el lenguaje popular le llama actualmente 'Riobamba chiquito' en clara alusión a la presencia mayoritaria de indígenas de Chimborazo en el lugar, y es este lugar, en cuanto espacio, el que se encuentra en disputa constante, en negociación permanente con los 'otros', aunque en la situación actual ya no se sabe a ciencia cierta quiénes son esos 'otros', y por cuánto tiempo lo seguirán siendo.

Bibliografía

Bourdieu, Pierre (1991). *El sentido práctico*, Madrid: Taurus Ediciones.

Espín, María Augusta (2009). "La presencia indígena en la ciudad: la construcción del indígena urbano en el barrio de San Roque"; *Disertación de Maestría*, Quito: FLACSO - Ecuador.

Godelier, Maurice (1998). *El Enigma del don*, Barcelona: Paidós Ibérica.

Kingman Garcés, Eduardo (2006). *La ciudad y los otros: Quito 1860-1940*, Quito: FLACSO - Universidad Rovira e Virgili.